

## CAPÍTULO 2. El modelo

Durante los últimos años hablar de 'modelo económico' sonaba a comentario de trasnochado izquierdista, a copas de vino barato y a bar de San Diego. Dicha abstracción se fue considerando cada vez menos explicativa, cada vez más panfletaria. Las voces contra el modelo fueron acalladas con la fortaleza argumental de los expertos economistas que dijeron que la mera posibilidad de hablar de modelo era innecesaria, cuando no derechamente ridícula. Decir que 'el modelo' tenía alguna responsabilidad sonaba tan absurdo como culpar a Dios de los acontecimientos trágicos en la Tierra. Misma cosa acontecía con 'la Constitución' y las grandes estructuras que rigen el funcionamiento de Chile, se nos dijo. No obstante, los defensores de la 'economía social de mercado' (así se le llamó al modelo que no se podía llamar modelo) fueron enfáticos en señalar que el caso chileno era ejemplar. En particular, se habló del milagro chileno para referir a un proceso que duró desde el segundo quinquenio de los ochenta hasta 1998, cuando una crisis internacional (conocida como 'crisis asiática') golpeó duramente las esperanzas de Chile. Por entonces sí se aceptaba hablar de Chile como 'caso modelo' y ejemplo a seguir. Años después, con Chile ingresando a la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico, se volvió a hablar en positivo, se dijo que el país era un 'alumno aplicado', pero se fue dejando de lado señalar que era un caso modelo, un ejemplo a seguir. Dicho silencio tiene una sola explicación. La política fue retrocediendo en Chile y cualquier palabra relevante era objeto de las más altas sospechas. Llegaron los 'problemas reales de la gente' y se fueron esfumando las discusiones macro. Hablar de cosas importantes era completamente innecesario.

¿Pero de qué hablamos cuando hablamos de modelo económico? Hablamos de los principios que rigen la relación entre la dimensión económica de una sociedad y el resto de las dimensiones (política, normativa, cultural y estructura social). Un modelo económico puede definir una intervención relevante en los precios de los productos por parte de la autoridad política,



o puede orientarse a un no intervencionismo (que siempre es relativo). Un modelo determinado fomenta ciertas actividades productivas y ciertas formas de empleo, genera una inercia en la distribución del producto que supone mayor o menor concentración, establece el espacio de autonomía de la economía frente a la política y viceversa. El modelo estructura las relaciones y define sus rasgos, es el ADN que explica la configuración que adquieren las relaciones económicas.

En Chile se definió nuestro modelo como una economía social de mercado. Era extraño por tanto que Chile pudiese ser ejemplo y que, sin embargo, no hubiera ningún principio a seguir, ningún modelo. Y no solo era extraño, era también falso. Chile ha tenido un muy coherente modelo económico en los últimos 40 años y con mucha claridad y énfasis desde el 'momento exitoso' posterior a 1985.

El modelo chileno se ha concentrado en la creación y profundización de mercados. El del trabajo, por de pronto, ha sido articulado de modo tal que solo un 11% de los asalariados se encuentran en sindicatos. Al tiempo, cada vez son menos relevantes los asalariados, al lado de independientes y microempresarios que, forzados o no, exploran el camino propio. En Chile hay alrededor de un millón y medio de microempresarios, pero muchos de ellos son en realidad trabajadores por cuenta propia, es decir, formas de autoempleo para superar condiciones de precariedad del mercado laboral chileno. El incremento de la figura de la subcontratación además ha cambiado estructuralmente el mapa del empleo, pues divide biografías y contrapone intereses al interior de los trabajadores. Muchos de ellos son forzados a pasar al mundo de la empresa: el chofer que trabaja con otros en una gran empresa (por ejemplo, un canal de televisión) debe luego postular a la licitación para poder seguir realizando su labor. Tiene una oportunidad de ganar más, pero tiene un mayor riesgo. Y el gran tema: está obligado a asumir el riesgo. La vida media, quizás ya asumida, no es una alternativa frente al nuevo escenario.

En la dimensión del intercambio comercial, Chile se ha situado como un país de fronteras abiertas, provisto del récord mundial de tratados de libre comercio, llegando a tener este tipo de acuerdos casi sesenta países que representan más del 80% de la economía mundial. Chile ha realizado esta apertura entendiendo que el país tiene un mercado pequeño y que los países del mundo demandan ciertos bienes que en Chile pueden ser producidos, por lo que un país especializado en ciertos bienes puede tener un buen equilibrio entre los montos de sus exportaciones e importaciones. Pensando en las exportaciones, entonces, se decidió que Chile se vinculase con el escenario global. El principio fue de adaptación a la demanda. La

consecuencia inmediata de esta lógica ha sido convertirse en una economía que carece de planificación de oferta y que simplemente es receptora de demanda. Detrás de esta mirada hay una concepción evolucionista de las relaciones internacionales, asumiendo que cada país es un órgano que debe adaptarse al entorno para garantizar la vida de la especie y, con un poco de suerte, su bienestar. Completamente ajena a esta concepción queda una noción política de la economía, según la cual tiene más probabilidades de obtener beneficios económicos aquella nación que ha diseñado una forma económica de relacionarse con el resto de los países que le resulta conveniente y que ha logrado influir para que ello sea así. La mirada evolucionista de Chile nos ha significado transformar un asunto político en una cuestión de adaptación funcional. Así es como Chile se ha integrado en la economía mundial en un movimiento que es también de mayor dependencia política.

¿Y qué necesita el mundo de Chile? Minerales por lo pronto. La parte buena es que necesitan bastante y que en Chile, por su loca geografía, el mar baña las costas muy cerca de los sitios donde la montaña oculta la metálica riqueza. Bajo costo, intensa producción y mínimos impuestos hacen de este negocio una actividad de gran dinamismo. También el mundo necesita de Chile madera, algo de frutas, vinos y pescados. De cualquier modo, el vino, los pescados y las frutas son mercados sumamente inestables, siendo muy elásticos en su consumo y siendo dependientes en gran medida de las modas y tendencias de las sociedades compradoras. El cobre es más estable, aunque la bonanza actual (que parece tener larga duración) no necesariamente garantiza un futuro esplendor. Si bien hay cobre en la cordillera, nadie garantiza que la demanda actual exista en veinte años más.

Esta arquitectura ha significado que Chile haya duplicado (en un período de una década) el peso de la minería al interior de su Producto Interno Bruto, consolidándose una lógica de explotación basada en la extracción de recursos naturales. Crecientemente la inversión en los mercados más atractivos, como la minería, se ha concentrado en manos de inversionistas extranjeros. Dado que Chile tiene en su política de puertas abiertas al capital una importante ausencia de barreras, los inversionistas se encuentran con una estructura tributaria muy conveniente y con un royalty a la minería que es sumamente exiguo (comparado con herramientas equivalentes, es bajo), si se considera además el ya mencionado bajo costo del transporte de los minerales a los mercados de destino dada la inusitada delgadez de Chile. La participación pública dentro de la minería, todavía importante, es sin embargo decreciente. Y lo es por convicción y doctrina de los gobiernos sucesivos. Al final del camino vemos que la industria minera es fundamentalmente transnacional, que sus inversiones logran rápidos retornos e importantes utilidades. Son



empresas intensivas en tecnología de extracción y, por tanto, el corazón de nuestro modelo económico es una actividad donde se produce poco empleo, mucha inversión, grandes utilidades, enorme participación en el PIB, mediano aporte al fisco (en relación a su rentabilidad) y muy significativas externalidades negativas, es decir, las consecuencias medioambientales y sociales que deja a su paso son muy negativas.

Nuestro modelo económico tiene todavía otros rasgos. En este modelo el consumo es el motor de la economía. No obstante Chile se declara un país exportador, hay un lado del modelo que no queda explicado con las meras definiciones. Es cierto que nuestra economía se ha definido como 'economía de libre mercado' o 'economía social de mercado', donde queda explícitamente planteada la centralidad de los mercados. Pero en general esa mirada describe la relación con los mercados externos. Sin embargo, una observación más amplia revela la existencia de un enorme esfuerzo realizado por los creadores del modelo chileno en desarrollar mercados internos consolidados, desde el retail hasta el mercado de capitales, desde la educación hasta el sistema de pensiones, desde las telecomunicaciones hasta la salud. La eferescencia resultante del dinamismo del mercado automotriz y sus ventas récord en los últimos años, el incremento del mercado inmobiliario y la enorme articulación para apoyar el consumo desde el mundo financiero y desde el mundo publicitario, parecen ser señales suficientes para comprender la relevancia del consumo interno. La idea de un país con un consumo interno despreciable, que inspiró la búsqueda de mercados externos, es desmentida cuando se observan los esfuerzos por traer automóviles, ropa y electrodomésticos y cuando se aprecia el enorme éxito de los proyectos de venta al mercado interno. Varias de las grandes fortunas chilenas se han hecho con negocios centrados en la venta al mercado interno. Entonces, lo que está debilitado en Chile es el mercado del trabajo, muy poco variado y simplificado. Los resultados de un mercado de este tipo son enormes y se cuenta entre ellos el hecho de que sea irrelevante tener un sistema educativo razonable en enseñanza técnica, pues no hay realmente sitios para trabajar en quienes pudieran capacitarse adecuadamente en el ámbito técnico.

El principal rol del Estado en este modelo es el subsidiario. Dicho rol consiste en dejar que los mercados operen y, cuando muestran deficiencias y generan dificultades sociales, el Estado interviene paliando esas dificultades en favor de quienes más lo necesitan. Esto supone una operación y una lógica. La operación tiene la dificultad de establecer la línea divisoria que distingue quién requiere el beneficio y quién no. La lógica de fondo, por su parte, establece que la relación del Estado no se da por definición con toda

la sociedad, sino en aquella parte de ella que ha quedado fuera de mercado. El Estado es un medio de inclusión en el mercado, de este modo. La labor estatal general (es decir, para toda la población) se limita a lo policial, a la dimensión judicial, la militar, legislativa y a la existencia de entes reguladores. En los otros ámbitos de la vida social el Estado se relaciona con sectores de la sociedad, nunca con ella en su totalidad.

Nuestro modelo económico se articula con el Estado de diversas formas. En primer lugar, éste se repliega en la dimensión empresarial (la excepción fundamental es CODELCO) y opera como controlador de riesgos en determinadas áreas o ha sido promotor de negocios para los privados. Es así como el sistema de concesiones otorga ciertas garantías a los inversionistas y fue así como el crédito con aval del Estado significó un negocio muy relevante para la banca y para las universidades. En cualquier caso, aun cuando hay beneficios y facilidades para los grandes inversionistas en enormes inversiones, también hay apoyo sin focalización del gasto para grandes empresarios que generan proyectos pequeños por la vía de CORFO. Un artículo del medio electrónico *El Mostrador*, publicado el 27 de marzo de 2012,<sup>6</sup> relata cómo grandes empresarios, con patrimonios de decenas, centenas o miles de dólares postularon a fondos de preinversión y estudios de factibilidad que fueron otorgados. Juan Cúneo, Valentín Cantergiani, Celulosa Arauco, Constructora Belfi, Carlos Cardoen, Grupo Penta, Marine Harvest, entre otros nombres, recibieron beneficios que van desde cinco millones de pesos hasta doscientos. Las cifras son exigüas para la fortuna de los inversionistas comprometidos, podría decirse en su defensa, pero es justamente esa la razón para hacer la crítica. Cuando el Estado de Chile proclama que focaliza el gasto en quienes más lo necesitan, usualmente no se menciona los enormes y/o sistemáticos beneficios a los que pueden acceder los grandes inversionistas en Chile.

En segundo lugar, el Estado opera como controlador de conflictos y satisfactor de necesidades sociales que pueden derivar de empleos precarizados en el mercado laboral. Las bonificaciones al ingreso familiar han sido pensadas como un subsidio al empleo. Este rasgo ha sido implícito en muchas políticas públicas, pero ha sido explícito en el marco del debate sobre el "ingreso mínimo ético" que se articuló hace muchos años y que terminó por ser uno de los caballos de batalla de la campaña de Sebastián Piñera,

<sup>6</sup> "Bancada independiente-PRi pedirá comisión investigadora tras denuncia de subsidios de Corfo a grandes empresarios". (2012, 27 marzo) *El Mostrador*. Extraído en marzo de 2012 desde: <http://www.elmostrador.cl/noticias/pais/2012/03/27/bancada-independiente-pri-pedira-comision-investigadora-tras-denuncia-sobre-entrega-de-recursos-de-corfo-a-grandes-empresarios/>



cuestión que finalmente no se ha llevado a cabo. Podríamos decir mucho respecto a la imposibilidad de un subsidio tal, pero lo que aquí interesa es el efecto. Dado este tipo de beneficios, los trabajadores sienten que el dinero les llega a su bolsillo y que es un gran apoyo a los trabajadores. La realidad es, sin embargo, diferente. El principal beneficiado es la empresa, que tiene trabajadores mejor pagados y cuyo pago no es cursado desde la empresa misma, sino con los impuestos de todos los chilenos.

Además en Chile se ha establecido que el Estado se articule a partir de una relación con las empresas desde el punto de vista tributario donde, en el fondo, los grandes empresarios pueden definir—dentro de cierto marco—el monto que desean pagar de impuestos. Los mecanismos son diversos. En primer lugar, resulta un dato significativo que en Chile no sea considerado ilegal buscar cualquier resquicio para evitar el pago de impuestos. Si una empresa compra otras empresas sin ningún afán productivo, sino simplemente para montar sociedades que permitan bajar la carga tributaria, en Chile no se comete falta alguna. El principio detrás de ello es simple: pagar los impuestos que corresponden al ingreso no es obligatorio. Es perentorio pagar los impuestos que el modelo de gestión tributaria me señala que debo pagar. En segundo lugar, en Chile se han construido herramientas conceptualmente muy sofisticadas y operacionalmente muy sencillas (mezcla sospechosa siempre) que permiten postergar o suspender el pago de tributos y dejar el dinero en un estadio intermedio, donde no hay nada más que una ardiente paciencia del capital. Es el caso del FUT, que analizaremos más adelante. Además, el modelo tributario chileno se fundamenta en el consumo o las utilidades, pero la inversión no tributa. Es decir, Chile grava sistemáticamente el uso del dinero en la sociedad y prescinde de obstáculos para los movimientos del capital. Es así como la sobrecarga del IVA mortígera las responsabilidades tributarias del mundo empresarial. De hecho, el impuesto a la renta en Chile, que proviene de muchas fuentes diversas, no ha llegado nunca a tener la cuantía del IVA en la recaudación fiscal.

El modelo chileno fue instaurado muy precariamente en la década de los setenta. Luego de ese fracaso inicial, que se puede datar como definitivamente derrumbado en 1982 con la crisis económica, el modelo fue montado de modo mucho más sofisticado en la década de los ochenta y especialmente desde 1985. Toda la operación aprovechó un escenario donde la sociedad era incapaz de defenderse de las agresiones que el modelo supuso. Finalmente el tercer momento del modelo se puede datar probablemente en 1994. El arribo de la Concertación tuvo en los primeros años el fantasma de Pinochet muy vigente y la ley de operación política fue la medida de lo posible. El primer gobierno iba a durar 4 años porque era el estrictamente transicional. Y el

momento fue de transición política, por lo que de alguna manera el modelo económico fue invisible contrabando de todo ese periodo. Pero es desde 1994 cuando el modelo entra en sociedad, adquiere carta de ciudadanía y comienza su proceso de legitimación. Ese tercer momento del modelo es el que llega hasta el año 2011, cuando el caso La Polar, las movilizaciones en torno al fin del lucro y el proceso de ciudadanía resultante terminaron por consolidar un discurso dentro del modelo, con matices que permitían montar la teatralidad del debate político, pero que no tenían detrás nada que no fuera la impostura propia de quien desea lo que siempre ha criticado.

El 2011 fue el momento en que los estudiantes (primero) y la sociedad (después) usurparon poder para sus propias voces, en vez de delegarlo. La clase política se había ido homologando a la clase empresarial. Primero los empresarios amaron a Lagos, luego definitivamente lograron que un empresario llegara al palacio de gobierno. Se pasó del amor a la suplantación. Por eso, cuando las calles mostraron eficacia al sacar poder desde el lugar donde estaba concentrado, cuando mostraron que eran capaces de llevarlo a la ciudadanía, cuando esto aconteció, se produjo un gran revuelo. Y es que quitar el poder a los empresarios tiene todo el impacto que tuvo Prometeo cuando les robó el fuego a los dioses.

El modelo económico tiene una articulación política y cultural. Es decir, no solo es una articulación entre las distintas dimensiones de lo económico. El modelo también se articula con otras esferas, como la política y la cultural. Por supuesto, ello es normal, todo modelo económico tiene necesariamente que articularse con el repertorio de símbolos y liturgias de poder. Pero hay una particularidad en el modelo chileno. Y es que en Chile el modelo económico es demandante de insumos y configurador de las otras dimensiones. No tienen ellas la autonomía relativa que permite su operación bajo propios criterios. En el modelo chileno la economía permea y diseña la sociedad. Es pensable como una imprenta de Gutenberg. El texto se puede imprimir en distintos tipos de papel, puede salir en distintos formatos (libros, periódicos, revistas, panfletos), pero siempre la estructura básica está en la maquinaria de la imprenta y su forma de producir la verdad de su tiempo. Nuestra imprenta (el modelo económico) imprime en todas partes lo mismo: diferenciación, desigualdad, construcción de mercados.

El examen más detallado del modelo se irá realizando en diferentes etapas durante este texto. En cualquier caso, la configuración del modelo de economía social de mercado ha tenido como horizonte constante la búsqueda de construir una sociedad de mercado. En ese marco han aportado la Constitución de 1980, un sistema electoral que construyó dos fuerzas políticas y una cultura política basada en la despolitización. Estos rasgos,



sumados a las ya referidas características propiamente económicas: un modelo económico de radical libremercado y una matriz exportadora de materias primas, resultaron finalmente causa suficiente para haber ejecutado una transformación enorme en la sociedad chilena. Esa transformación no fue solo una modificación de la sociedad, sino por sobre todo un cambio en el estatus de lo social, entendiendo toda variable asociada a la vida en común como un sofisticado e irresponsable impedimento del flujo normal del mercado. Y es que en definitiva en Chile no había precisamente un proyecto de sociedad, sino un modelo económico.

### CAPÍTULO 3. El modelo como contrarreforma

El absurdo tiene su lógica. Quizás no habla con la voz de la realidad, aunque a ratos pueda acontecer, pero garantizadamente habla con la boca de quien lo emite. En su ponencia en el Encuentro Nacional de Empresarios de 2011, el abogado Alfredo Barros señaló a la Reforma Agraria como una de las causas del movimiento estudiantil, habitado por una generación de niños insatisfechos que apelan a una noción de justicia que descrea de la necesidad de obtener el perdón inicial, indispensable para superar el pecado original. No examinaremos el argumento, si acaso califica para constituirse en tal: bastará con decir que resulta sumamente interesante la referencia traumática en el habla de Barros respecto a la Reforma Agraria, que se orientó a mitigar los efectos de desigualdad que resultaban de la concentración de tierras y de la dinámica de la hacienda, que no solo operaba en consideración a su tamaño, sino además a una matriz cultural.

La Reforma Agraria fue un esfuerzo por otorgar capilaridad a la sociedad, un intento de generar un nuevo marco de relaciones, una nueva estructura. Fue un acto político que salía de la arena política y se dirigía a la sociedad. La Reforma Agraria se fue produciendo en un proceso durante la década de los sesenta, comenzando con Jorge Alessandri y consumándose con Eduardo Frei Montalva. Pocos años después, la clase política decide unánimemente (aunque en rigor, con reticencias marcadas de la derecha) la nacionalización del cobre. Dicho movimiento fue decisivo para generar un Estado más fuerte y con capacidad económica de ejecución de políticas públicas. La clase terrateniente y las empresas transnacionales eran las principales perjudicadas con ambos movimientos, claramente redundantes en una menor concentración del poder.

El gobierno de Pinochet puede leerse con facilidad como un movimiento hacia las antípodas de estas dos reformas. Es, en sentido estricto, una Contrarreforma. Importantes cambios legales permitirán la nueva concentración de